

**RES GLORIAM DECORANT. ARTE
SACRO EN LA LAGUNA**

Clementina Calero Ruiz

Gonzalo M. Pavés

En este país, quien resiste, termina alcanzando sus más preciados objetivos. Finalmente, tras muchas vicisitudes, y después de numerosos retrasos, Clementina Calero Ruiz y su entusiasta equipo de colaboradores consiguieron ver culminado con éxito un proyecto en el que venían trabajando desde hacía algunos años. Fruto del esfuerzo y de ese amor por el trabajo bien hecho, tan extraño en estos tiempos, es el Catálogo de la exposición *Res Gloriam Decorant. Arte Sacro en La Laguna*, promovida por la Delegación de Cultura y Patrimonio del Excmo. Ayuntamiento de La Laguna, celebrada en el otoño de 1998 y que estuvo abierta durante varios meses en el recién recuperado convento de San Agustín de la ciudad de Los Adelantados.

A raíz de una conversación mantenida entre el catedrático Fernando G. Martín y el concejal del Cultura y Patrimonio Juan Manuel Castañeda del Ayuntamiento de La Laguna, se llegó al convencimiento de la necesidad y oportunidad de aprovechar la celebración del Quinto Centenario de la fundación de la ciudad para hacer balance, sacar a la luz y dar a conocer a los laguneros el valioso tesoro artístico que se había ido acumulando en las diversas parroquias de Agüere a lo largo de estos cinco largos y fructíferos siglos de historia. Una vez puesto en marcha el proyecto, Clementina Calero Ruiz tomó el testigo de la iniciativa de una exposición que desde sus inicios nació con el objetivo de presentar estas piezas bajo un prisma nuevo. Bajo la denominación *Res Gloriam Decorant*, se trataba de evidenciar las maneras en las que el arte se convirtió, también en nuestras islas, en un poderoso instrumento al servicio de la fe católica, en un medio ideal de penetración, de incrustación de las ideas espirituales defendidas por la Iglesia de Roma en la sociedad lagunera. Con la exposición se trataba pues de elaborar un discurso en el que la obra de arte

sacro fuera «protagonista como objeto artístico en si mismo» con unas cualidades estéticas innegables, y al mismo tiempo como «portadora de unos valores didácticos y catequizantes». Este principio organizador explica los diversos itinerarios que se propusieron a los visitantes durante la muestra y da sentido a la articulación de la exposición bajo los cinco grandes conceptos (Comitentes, la Capilla de la Cruz Verde, Talleres Locales, Exportaciones Foráneas y Orfebrería) que ocuparon varias salas del antiguo recinto conventual lagunero.

Consciente de la importancia del papel jugado por los comitentes, uno de los espacios más importantes de la exposición se reservó para la presentación de algunas de las obras de arte, tanto locales como importadas, que habían sido encargadas por hermandades, gremios, cofradías o particulares, nobles o burgueses, establecidos en la ciudad de La Laguna y, entre las que se pudieron contemplar desde el magnífico retablo de Pedro de Mazuelos hasta una pieza escultórica anónima en mármol, de procedencia genovesa, pasando por el espectacular grupo procesional de la Santa Cena de Antonio de Orbarán y José Rodríguez de La Oliva. En el resto de las salas se distribuyeron tanto los objetos artísticos salidos de los talleres laguneros como los que habían recalado en nuestra geografía desde Hispanoamérica, Italia, Países Bajos y Península Ibérica, reservándose un espacio monográfico a las labores de orfebrería reuniéndose en él un magnífico repertorio de joyas de platería peninsular, mexicana y lagunera, entre los que que destacaban las cuatro grandes custodias del Corpus procedentes de los tesoros de la Catedral de la Laguna, y de las iglesias de La Concepción, de Santo Domingo de Guzman y de San Bartolomé de Tejina. Habría que mencionar por último, la recreación de una capilla que se llevó a cabo en una de las salas más pequeñas, en la que se trató de «reconstruir» el interior de la conocida capilla de la Cruz Verde, fundada en el siglo XVIII por los hermanos Quintana, sacerdotes y propietarios de la casa contigua, recuperándose para ello la cruz que se encontraba en muy mal estado y disponiendo en la pared los cuatro cuadros del pintor Cristóbal Hernández de Quintana que, en su día, estuvieron decorando las paredes de esta capilla y que se conservan en la actualidad en la iglesia dominica de La Laguna.

Con una presentación de lujo, para la que se tomó como motivo recurrente y homogeneizador la figura de Pedro Afonso Mazuelos, con una edición cuidada hasta en los más mínimos detalles que denota el cariño con el que Domingo Sola Antequera, con la colaboración de José Valladares, ha diseñado esta obra y unas magníficas reproducciones fotográficas debidas al buen hacer de Efraín Pintos, este catálogo no es sólo el testimonio, imprescindible y necesario de una exposición más, sino que constituye por su rigor metodológico y sus novedosos planteamientos un ejemplo a seguir en futuros eventos.

La mirada sobre el arte religioso de nuestras islas, de este nuestro arte sacro, estaba necesitado de un soplo de aire fresco que nos permitiese sobrevolar por su riquísimo y no siempre valorado patrimonio, con una mirada nueva, renovada que nos permitiese acercarnos a este incalculable tesoro, aprehenderlo y comprenderlo. Clementina Calero Ruiz ha sabido sortear las dificultades implícitas siempre en todo intento de renovación y, a nuestro juicio, ha sabido llevar hasta buen puerto, con temple, con firmeza, un proyecto que, por su singularidad, suponía una apuesta firme y arriesgada por una comprensión de nuestra historia artística moderna con un rigor científico excepcional. La exposición fue, sin lugar a dudas, una oportunidad única y quizá irreplicable, para conocer buena parte de la magnífica

producción artística creada o albergada en La Laguna a lo largo de sus cinco siglos de historia y de la que, por desgracia, no siempre somos demasiados conscientes, y también para poder contemplar con toda su belleza y esplendor piezas que cotidianamente, bien porque no se encuentran expuestas al público, bien porque su situación en las iglesias impide la posibilidad de gozar de su cercanía, están fuera del alcance de los fieles y de los curiosos visitantes de los principales templos de la localidad. El catálogo se erige por tanto como un valioso testigo de aquel evento, pero al mismo tiempo supone una importante aportación bibliográfica para una nueva y mejor comprensión de este singular período de la historia del arte en el archipiélago. La obra que coherentemente responde a los mismos criterios utilizados en la organización y estructuración de la propia muestra celebrada en el convento de San Agustín, nos presenta a la ciudad de La Laguna como uno de los centros históricos más importante en la creación y la importación de objetos de carácter religiosos durante las centurias posteriores a la conquista. Profunda conocedora de los entresijos del arte consumido por los canarios durante el Antiguo Régimen y guiada por su moderna concepción de la historia del Arte, como una historia de las sociedades que se expresaron artísticamente, Clementina Calero Ruiz ha tratado de desvelarnos a través de los cuadros, de las esculturas, de las piezas de orfebrería, las voces de nuestros ancestros, sus ambiciones, sus glorias y sus miserias. Su interés no se limita a subrayar la indudable calidad estética de los objetos, ni a poner de relieve el claro mensaje evangélico que, todavía hoy, subyace bajo todas y cada una de las obras de arte presentadas, sino que el libro ha sido concebido como una invitación a mirar más allá de las hermosas pinturas, de los estofados que tatúan los pliegues de las esculturas, de las piedras preciosas que decoran los hermosos cálices de plata, para descubrir a los hombres y mujeres que se encontraban detrás de las obras, para reencontrarnos con una ciudad de La Laguna consciente de su poderío económico, social y cultural. Se trata de reconstruir el contexto que hizo posible la aparición de las obras de arte para, devolviéndolas a su marco original, posibilitar al lector una mejor comprensión de las verdaderas raíces de la creación. Se nos habla de las manos que, con paciencia, dieron forma artística al fervor de nuestros antepasados, de la manos que con mayor o menor destreza, modelaron, insuflaron vida a la maderas, a los materiales preciosos, al mármol, a los lienzos. Por eso, consecuentemente, la autora nos propone en el libro, como también lo hacía en la exposición, gozar de las piezas agrupándolas bajo dos grandes conceptos. Por un lado, atendiendo a las personas que hicieron posible la creación o la llegada de éstos a La Laguna y, en segundo lugar, mostrándonos las producciones que salieron tanto de los talleres laguneros como las que fueron traídas desde la Península, Europa o el Nuevo Continente. El poder económico y social de las clases sociales laguneras, bien de manera particular, bien a través de cofradías, hermandades o gremios, encontraron en la inversión en estos objetos un manera clara y diáfana de evidenciar el status quo del que gozaban en la localidad. De esta forma tallas, lienzos, retablos y piezas de orfebrería se convirtieron en instrumentos pedagógicos y catequizantes, creados para ensalzar los principales sustentos de la «verdadera Fe», sino que en manos de los comitentes, los que realmente hicieron posible su existencia material, estos objetos se convirtieron en medios para apuntalar y reforzar situaciones de privilegio dentro de la sociedad lagunera del momento.